

INTRODUCCIÓN

En una entrevista concedida recientemente en la que se le critica el presunto gran formato, lo pretencioso, lo decimonónico de su teoría, Habermas hace unas aclaraciones que pueden contribuir a entender de dónde proviene la riqueza teórica a la vez que concreción de los trabajos y entrevistas recogidos en este libro. «Nunca —viene a decir Habermas— he considerado posible el tipo de teoría que se practicó en la tradición a que me remito, siempre consideré absurdo el intento de absorber y superar por arriba la pluralidad de discursos; mi trabajo diario tiene un aspecto bien distinto. Me interesan los problemas concretos, los problemas en cierto modo ya “diseccionados”, que surgen en contextos muy distintos. Busco los problemas en su lugar, es decir, en los discursos teóricos con que me encuentro. Hago entonces una contribución en este o aquel campo; por ejemplo, en teoría de los actos de habla, o en teoría moral, o en teoría del derecho, o en teoría sociológica sobre el tema de la racionalización social, o en la discusión filosófica sobre el concepto de modernidad, sobre el pensamiento postmetafísico, etc. Pero nunca trato de embutir todo en el mismo marco teórico, no asimilo todo a los mismos conceptos básicos de una gran teoría concebida en términos globalizados. Naturalmente, hago la correspondiente aportación desde mi propia perspectiva, pero sobre las cuestiones filosóficas hay que hablar filosóficamente, sobre las cuestiones sociológicas sociológicamente y sobre las cuestiones políticas políti-

camente. Hay que saber en qué discurso se está moviendo uno, a qué nivel de generalidad, con qué instrumentos está uno operando. Lo "filosófico" en todo ello es solamente el esfuerzo por no perder la conexión cuando se pasa de un discurso a otro, de no dejar que las categorías se congelen, de mantener en estado líquido los lenguajes teóricos, de saber, por ejemplo, cuándo y dónde vienen a cuento los conceptos de "auto-poesis" o "autoconciencia", o "racionalidad", y, sobre todo, saber cuándo y dónde no vienen a cuento.»

En esta «filosófica» movilidad entre discursos, sin perder el hilo en el paso de un discurso a otro, estriba para Habermas la única posibilidad de «mantener el nivel» de análisis (¿y por qué habría de renunciarse a él?) de la tradición de pensamiento y análisis a la que Habermas apela. Ciertamente que «estilos e interpretaciones del mundo hoy no sólo se encuentran y chocan entre sí, sino que permanecen abiertos unos a otros, se compenetran en el medio de interpretaciones mutuas, se mezclan, estableciendo entre sí conexiones híbridas y creadoras, generan un pluralismo abrumador, una pluralidad inabarcable por descentrada, un caos de voces y textos encadenados, pero contingentes y difíciles de descifrar». Mas ello no empece a la movilidad a que Habermas se refiere. El propio medio que es el lenguaje y, por consiguiente, también los presupuestos del empleo de éste abarcan todo ese pluralismo; de ahí la importancia que, pese a saberse reducidos a los términos de un determinado lenguaje teórico, insistentemente cobran en Habermas todos los aspectos relacionados con su teoría de la comunicación.

De tal capacidad de moverse en los más diversos sistemas de lenguaje sabiendo qué cabe transportar de unos a otros, y, *a fortiori*, de la posibi-

lidad de ello pese a todas las objeciones de principio en contra, son buen ejemplo los trabajos recogidos en el presente libro. Incluso de los trabajos de la sección tercera, cuyos motivos quizá resultan algo distantes al lector no alemán, éste no debiera pasar por alto el artículo escrito con motivo del homenaje a R. Wiethölter, ya que encierra algunas importantes claves de lo que Habermas dice en la sección que sin duda empezará atrayendo la atención del lector, la sexta, y con toda razón, pues contiene alguna de las contribuciones mayores de Habermas al análisis de la actualidad política.

En el trabajo con que se abre el libro Habermas escribe que «una Ilustración escéptica, pero no derrotista, puede sentirse hoy alentada por la evidencia de que las discusiones que se registran en el espacio público político, y merced al impulso proveniente de los movimientos sociales, las orientaciones culturales de amplias capas de la población están experimentando una mudanza. Puede sentirse alentada porque la revolución que casi sin notarse se está produciendo en las actitudes lleva anejo un cambio de mentalidad que deja tras de sí como meras ruinas lo que hasta ayer se consideraba casi obvio en política. Incluso las propias estructuras sociales parecen abrirse a una movilización cultural. La cultura puede socavar a esa política casi encallecida. ¿Sabrán Reagan y Gorbachov que acaban de dar un ejemplo de tal obsolescencia cultural de premisas que hasta ayer se consideraban casi incommovibles?». No cabe duda de que con estas palabras escritas en noviembre de 1987 para un congreso sobre el tema «El futuro de la Ilustración» Habermas se está haciendo eco de un estado de ánimo de las poblaciones europeas (desde *El discurso filosófico de la Modernidad* los destinatarios de Habermas parecen ser primariamente los europeos)

que alcanzó su clímax en noviembre de 1989 con la caída del muro de Berlín.

Mas unos meses después, en 1990, la forma como discurre el proceso de reunificación alemana hace a Habermas decir que, ante el ritmo de los acontecimientos, «las palabras se le envejecen a uno en la boca». Y tras ser publicado el libro, los acontecimientos de 1991 han venido a ensombrecer aún más el horizonte político, pues hacen sospechar que las premisas que han venido a sustituir a las que en 1987 podían darse por arruinadas, no son precisamente las más aptas para dar pábulo al optimismo que rezuma la cita.

La reunificación alemana en el contexto de la pretensión de futuro político que es Europa y el futuro de la izquierda europea son los temas de la sección sexta del libro. Que lo que pueda ser Europa depende de modo muy principal de la evolución interna de Alemania y que el futuro de la izquierda depende de la posibilidad de articular las bases de un programa coherente que habrán de tener como marco el espacio político europeo es el vínculo entre ambos temas. Respecto del primero, las ideas que aquí sostiene Habermas pertenecen a aquéllas que en buena parte quedaron derrotadas; que sea el propio Habermas el que magníficamente reconstruye la historia de esa (previsible) derrota confiere al artículo el dramatismo que posee. Pero ni aun así el análisis queda sustituido en ningún momento por la prédica moral, por la que Habermas siente una casi visceral repugnancia. El análisis lo único que puede hacer y lo único que de hecho pretende «es abrirnos los ojos ante dilemas a los que no podemos escapar, dilemas a los que no tenemos más remedio que acabar enfrentándonos»; es, si acaso, la visión del dilema bien analizado la que se convierte en llamada moral a asumir responsa-

bilidades «en espacios de acción cada vez más estrechos y sujetos a más contingencias».

De la capacidad y voluntad de afrontar uno de esos dilemas y de elaborarlo productivamente depende por entero el futuro de una izquierda que, a todas luces, será (por lo menos) europea o no será: «El socialismo burocrático surgió, en su momento, como respuesta dialéctica a las cegueras estructurales del sistema económico capitalista. Marx había pensado que toda civilización que se somete en conjunto a los imperativos de autorrealización del capital lleva en sí el germen de la destrucción porque ha de tornarse ciega frente a todas aquellas relevancias que no pueden expresarse en precios. Esta tesis no se torna falsa ni siquiera porque Marx se mostrase a su vez ciego frente a los potenciales de autotransformación, frente a esas fuerzas de autocorrección democrática que el Estado de Derecho llevaba en su seno. Hoy nos encontramos ante las ruinas de un experimento (ruinas que por lo demás cabía esperar) que ha recorrido una senda cruel, sembrada de barbaries estalinistas. Pero ello no justifica al vencedor, por más que desde Marx hasta el presente éste haya cambiado considerablemente merced a los procesos de aprendizaje que representó el Estado social. En vista de los problemas del siglo XXI vuelven a surgir, aunque de forma nueva y distinta, aquellas viejas dudas que antaño provocaron la falsa reacción que fue el socialismo burocrático, la duda de si una civilización en conjunto puede permitir verse arrastrada por el remolino de las fuerzas impulsoras de uno solo de sus subsistemas aun cuando éste se haya convertido en pionero de la evolución, por la voráGINE de un sistema económico recursivamente cerrado sobre sí mismo, cuya autoestabilización depende de que todas las informaciones relevantes puedan traducirse y elaborarse en términos de

rentabilidad económica. Y, sin embargo, las evidentes víctimas y costes de la alternativa monstruosamente fracasada podrían tentarnos —y es lo que quiero decir cuando hablo de dilema— a ahogar esas dudas, que, muy al contrario, [para la izquierda] tendrían que seguir siendo palanca y aguijón.»

MANUEL JIMÉNEZ REDONDO

Valencia, junio de 1991